

## ANTIDOTO

Las primeras señales se le pasaron por alto, quizá por una falta de atención de su parte o por un acostumbramiento producido por la rutina. A quién le importa si dejó el lápiz del lado izquierdo o derecho del escritorio.

Estaba tomando notas sobre un contrato, garabateando ideas, mientras lo leía, en su cuaderno de apuntes. A pesar de la computadora que reposaba sobre su escritorio él prefería el viejo método del papel.

Revisó un párrafo y dejó el lápiz a su derecha, donde siempre lo ponía. Un segundo después lo quiso tomar para hacer otra anotación y su mano sólo encontró el frío aluminio del escritorio. Levantó los papeles y ahí lo vio, a su izquierda.

— Ahí estabas — le recriminó, tomándolo para escribir nuevamente.

Cinco minutos después su secretaria le avisó que el cliente del contrato que estaba revisando solicitaba una entrevista para el día siguiente a primera hora. Estiró la mano para anotar eso directamente en el contrato y volvió a encontrar el metal. Aquí había algo extraño. Él era diestro, por lo tanto le resultaría muy incómodo dejar el lápiz a su izquierda. Volvió a tomarlo e hizo la anotación correspondiente. Lo dejó en su lugar.

Se sorprendió a sí mismo levantando el papel que leía a intervalos regulares para ver si el lápiz aún estaba en su lugar.

— ¡Qué estoy haciendo! — se cuestionó. Casi se rió de lo absurdo de la situación. Casi. Porque el lápiz se movió, lenta pero perceptiblemente, hacia el lado izquierdo del escritorio.

Saltó hacia atrás en su silla, asustado de los trucos que le jugaba su propia mente. "Respira" se dijo "tres veces, profundo, inhala, exhala. Estás demasiado estresado"

Entonces lo vio. El lápiz se desplazaba como una oruga de madera, contorsionándose, hacia el cajón izquierdo.

El pánico lo asaltó. Apenas tomó su saco del perchero y salió de la oficina, casi corriendo, sin mirar siquiera a la secretaria y los clientes que lo observaban extrañados. Una vez en la calle reflexionó, en medio de un mar de gente anónima.

— Estas últimas semanas si que te han afectado — hablaba consigo mismo —. Has estado presionado varias veces antes, pero nunca al punto de tener esas alucinaciones. Ahora mismo te vas a casa, comes algo y te metes en la cama, hasta mañana al menos. Aleja todos los problemas. Tu mente necesita descanso también.

Una rubia despampanante caminaba por la acera en dirección opuesta llevando un elegante galgo con una correa roja.

— ¡Buenos días! — dijo galantemente.

— ¡A usted! — le respondió el perro. La mujer no le dedicó ni una mirada.

El pánico se apoderó de todo su ser. Corrió desaforado, sin saber siquiera hacia dónde, esquivando las personas que le dirigían mudas miradas de reproche, hasta que el cansancio lo obligó a detenerse, diez cuadras más allá. Todo a su alrededor giraba sin sentido ni razón. Un ruido atronador lo hizo volverse. Un gigantesco camión cisterna bajaba por la calle, y mientras él lo miraba se transformó lentamente en un enorme brontosaurio que caminando pesadamente se alejó cuesta abajo, junto al hombre que lo montaba.

— ¡Esto no está bien ! — gemía, aferrándose la cabeza con ambas manos - ¿Qué está pasándome ?

— ¿Tendría fuego señor ? — una vocecita delicada, junto a su hombro, lo sobresaltó.

Se volvió y encontró una pequeña hada rosada volando delicadamente a su lado, con un pequeño cigarrillo púrpura.

Retrocedió trastabillando, hasta encontrar con su espalda una fría pared de ladrillos. Con los ojos desenfocados caminó hacia un callejón sin apartarse de ella, como si el contacto con el muro le transmitiera algo de su firmeza y lo dejara aferrarse a algo inmutable en un universo que parecía haber perdido toda la cordura.

— ¡ Por Dios, estoy teniendo una recaída ! — pensó —. El delirio está volviendo. Tengo que encontrar el centro de distribución más cercano ya mismo.

Solo se dio cuenta que lo había dicho en voz alta cuando un androide alto y desgarrado, con una sola cámara por único ojo, que rebuscaba repuestos entre la basura, le respondió.

— Creo que hay uno como a cinco cuadras, hacia el norte. Derecho por General Paz, hay carteles indicando.

Balbuceó un gracias y salió corriendo, la frente y la espalda bañados de un sudor frío. Al girar la esquina chocó de frente contra una criatura que no podía haber nacido en la Tierra. Innumerables tentáculos surgían de un torso corto y macizo como un barril, mientras cuatro ojos amarillos se clavaron en él. Un agudo chillido le indicó que había ofendido seriamente al extraño ser.

Estaba agotado, tanto física como mentalmente. Su existencia completa además de su cordura estaba pendiendo de un hilo, la realidad y la fantasía se mezclaban en un absurdo amasijo de imágenes caleidoscópicas que lo abrumaban. No sólo que ya no sabía dónde estaba, sino que tenía serias dudas sobre quién era, o quien ... ¿ había sido ?

Casi sin quererlo llegó al centro de distribución, con todo el aspecto de un hospital. Sobre su techo bajaban una y otra vez criaturas míticas, imposibles. Ahí había un grifo, un pegaso y un pterodáctilo prehistórico. Un verde ogro llevaba una camilla sobre la que descansaba plácidamente una sirena mientras a su lado caminaba una enorme criatura peluda, un Yeti.

Llegó arrastrándose a la recepción. Al menos la mujer que lo atendió era normal, un soplo de aire fresco para su conciencia torturada.

— ¿ Qué se le ofrece ? — preguntó.

— Todo esto ... ¡ es imposible ! — la garganta se le cerraba. No podía respirar—. Es horrible, tengo visiones, extrañas criaturas por todos lados, personas que no son personas, animales... cosas que me hablan en las calles.

— ¿ Cuándo fue su última dosis ? — preguntó, tomando rápidas notas en un cuaderno

— ¡ Dosis de qué ! — ya ni siquiera recordaba que era lo que hacía en ese lugar.

La muchacha se volvió rápidamente mientras hablaba en un micrófono.

— Emergencia en recepción. Tenemos un caso de impacto psicológico agudo. Favor de presentarse cuanto antes.

Mientras tanto, lo miraba fijamente con los ojos que tenía detrás de su cabeza, siguiendo cada uno de sus movimientos.

Dos fornidos enfermeros lo sujetaron por detrás y lo colocaron sobre una camilla, sin violencia, pero con firmeza. Luego ajustaron unas correas para sujetarlo, aunque él ya no tenía fuerzas para pelear. Uno de los enfermeros, el que tenía los colmillos más cortos sobresaliendo de su lobuna cara, lo tranquilizó.

— Vas a estar bien compañero. En unos minutos estarás como nuevo. — la camilla comenzó a moverse, un tren de luces blancas desfilando frente a sus ojos. Llegó a una habitación blanca, donde varios engendros innumerables descansaban en camillas similares a la suya.

El médico apareció por una puerta lateral, la cabeza humana, montada sobre el esqueleto metálico lo miró comprensivamente. Colocó sus dos brazos superiores sobre su pecho, mientras uno más buscaba la vena de su brazo y el otro sacaba una jeringa del bolsillo, llena con un líquido ambarino, refulgente.

— ¡ Se ha llevado un susto caballero ! — le dijo —, no ha recibido su antídoto en un buen tiempo por lo que veo.

Mientras el líquido ingresaba en su organismo un flash le recordó donde estaba, y por qué estaba ahí. Vio sus antebrazos cubiertos con un grueso pelo verde y al final sus manos de tres dedos. Pero ya estaba sintiendo los efectos, su conciencia se nublaba nuevamente. Sentía que se estaba hundiendo en un cálido abrazo, profundo, cada vez más profundo.

Miró nuevamente su brazo.

— "Eso está mejor" — pensó —. Cinco dedos, piel rosada, poco vello en el antebrazo.

Las barreras se levantaban trabajosamente en su mente, una tras otra, separándolo de las horribles visiones que lo habían atormentado minutos antes.

Lo último que penso antes de caer en un profundo sopor fue:

— ¡ Alguien tendría que avisarles que el antídoto está perdiendo fuerza ! ¡ No sé que hubiera hecho si hubiera tenido que soportar la realidad 5 minutos más !

FIN